

12 Rs.
al mes.

EL PUEBLO.

12 Ps.
al año.

IMPRESA DEL NORTE, CALLE DE ATACAMA, CASA DE DON IGNACIO QUEVEDO.

Médico de semana.

D. J. P. GABER.

Botica de semana.
LA DE MUÑOZ.

EL PUEBLO.

COPIAPO, MAYO 6 DE 1851.

La democracia en el Gobierno.

La política de Chile como la de todos los países del mundo ofrece sus anomalías. Hechos mas o menos característicos revelan su índole y su modo de ser particular.

Por una de aquellas preocupaciones de que raras veces puede desprenderse el vulgo de la opinión, nos hemos acostumbrado a mirar en el gobierno al lado del poder la idea del despotismo, y en la oposición al lado de las resistencias la idea de una encantadora libertad en perspectiva.

Sucede sin embargo con bastante frecuencia lo contrario, porque no solamente se tiraniza a los pueblos con el poder material de que están investidos los gobiernos, sino tambien, y esta es la peor de las tiranías, la con influencia moral de las

oposiciones que dominan la opinion pública obrando constantemente sobre ella. De consiguiente, no siempre las oposiciones son liberales, ni los gobiernos despóticos; y como la mejor prueba de esta verdad está allí la situación política de Chile para confirmarla.

Se tiraniza al pueblo no solamente obrando en sentido contrario a su bienestar material, sino tambien por medio de las falsas y absurdas ideas inculcadas en la ignorancia popular que no discute, ni examina, ni reflexiona, sino que acepta como verdades inconcusas las opiniones exajeradas en que le imbuven sus falsos amigos.

Por medio de esa propaganda de falsas ideas que tienen a su disposición todas las oposiciones, ahagando las malas pasiones de la multitud, se conduce al pueblo de estravio en estravio, de absurdo en absurdo, de pretensiones en pretensiones hasta hacerle el elemento destructor de una revolución que el mismo no comprende, que no sabe de donde parte, ni adonde se dirige, ni cuales son los resultados. El pueblo ciego, dominado moralmente, en uno de sus momentos de febril agitación se alza amenazador, y paga las mas veces con mil preciosas vidas, el engaño sobre su poder, sobre su importancia y sobre su condicion que han contribuido a crear en su limitada inteligencia sus falsos conductores. No es esta una verdadera tiranía? No es esto el abuso mas abominable de la superioridad moral sobre la inte-

lijencia y sobre la debilidad moral de los pueblos?

Si esa influencia ejercida sobre la ignorancia puede o no producir peores resultados a la prosperidad de los pueblos, que el poder organizado obrando continuamente por establecer el orden y la armonía de aquella masa uniforme de fuerzas eterenjenas que constituyen la soberanía popular, diganlo los que piensan que son mayores aquellos males, efectos inmediatos de la ignorancia, que aquellos que se obran con la doble seguridad del convencimiento y de la fuerza.

Están, pues, engañados en su punto de partida, los que creen probar lójicamente que los inconvenientes de la situación política del país provienen directamente del abuso ilimitado de la fuerza de que está investido el gobierno.

Las revoluciones no son siempre el efecto de la exasperación que produce en los ánimos el supuesto ejercicio de un sistema de terror. Son tambien el efecto, y estas son las mas sangrientas, del convencimiento popular formado por las falsas doctrinas de sus instigadores. Por eso es que la libertad y la ilustración son inseparables en el progreso de los pueblos; y una sociedad que no sea instruída, que obre como la víctima de espantosas aberraciones, es indigna de aspirar a los beneficios de una libertad sólida y estable, de un orden tranquilo y pacífico, y de una paz recuenda para el porvenir.

El movimiento progresivo de los pueblos nos

FOLLETIN.

ROG,

V.
(Continuacion.)

—Oh, vaya V. pronto! muy pronto!

—Antes de diez minutos estará aquí M. Burney.

—Pero no crea V. señor Young, que me siento peor.

—Y si yo me apresuro tanto a complacer a V. no vaya V. a pensar que es porque la encuentro peor.

—Oh! cómo le he engañado! dijo la enferma entre sí, no bien hubo salido el doctor; conozco que no me quedan dos horas de vida.

—Cómo he halagado su error! murmuró el facultativo al subir en su cabriolé para ir a casa de M. Burney.—Pobre madre! De aquí a dos horas habrá dejado de sufrir.

—Sarah! Sarah! abre al instante ese armario y tráeme la cajita de cedro.—ya tú sabes...

Y el sol se escondía detrás de las murallas de Londres, la ciudad negra, la ciudad cuyos techos de pizarra exhalan vapores por la noche, como la tierra. Hora indecisa y triste.—los rumores de la Babel inglesa se apagan; espesas sombras suben del río y se estienden pálidas y aplomadas por las calles. Aquel sol que se retira se lleva consigo una parte de la vida de todos, y los enfermos oíen que su Dios se aleja.

Mistress Philipps estaba blanca como su almohada. Puso, muy oprimido el corazón, sus manos sobre la caja de cedro, luego la abrió con una llavecita que sacó del pecho donde siempre la había llevado.—las fuerzas le faltaron y cayó de golpe la tapa. Abrióla de nuevo la enferma, y con la devoción de una santa que toca una reliquia, con la ansiosa curiosidad de una novia que examina uno a uno los regalos de boda, fue sacando lentamente todo el ajuar de su hija; pañales de la primera infancia, perfumados aun con el olor de la pradera donde se han secado al sol, camisitas bordadas, capillas siempre demasiado grandes o demasiado chicas, y bajo los cuales está la criatura tan graciosamente ridícula que ella misma se rio de verse;—zapatos que se pierden en el bolsillo de la nodriza, y con los cuales nunca ha anidado el niño mas que sobre la mano de su madre; y juguetes sin fin, muñecas carirredondas y rosadas, hermanas de carton que han participado de todos los besos que recibía la hermana viva.

Mistress Philipps bebía en sus carrillos aquellos besos. Levantaba luego en el alto por ambas mangas las camisitas de Lucy, e imprimía encima de la escotadura, en el sitio donde debía estar la cabeza rubia de su hija, un beso en el vacío. Y doblando luego las camisitas, las decía Farewell! aquel largo adiós inglés tan tierno y tan amargo. Cojía tambien los vestidos, los fruncía por el talle, jugaba un momento con su ilusión, los doblaba, los besaba, los metía en la caja y les decía:— a Dios!—Luego desdoblaba las medicitas bordadas, donde su brazo descarnado simulaba la pierna dura y redonda de su hija be-

saba las medias y las decía:—a Dios!—a Dios! tambien decía, los ojos medio cerrados, a los zapalitos con que trotaba la niña y se bamboleaba y se caía con tanta gracia: a Dios! a los gorritos, a Dios! a todos: a Dios! a las muñecas, que tenían cada una su nombre.—A Dios, a Dios!—Y ya no veía, y aun manoseaba a tientas aquellas sedas, aquellas muselinas, aquellas cintas que se llevaba a la boca; luego no acertaba a llevárselas a la boca...Farewell!

Y la tapa cayó...

Aquella caja y aquel lecho!!!

Parecian un sepulcro pequeño sobre un sepulcro grande.

Sarah corrió las cortinas, encendió dos velas y rezó.

El doctor Young había muerto en el cabriolé de un ataque de apoplejía.

Toda la aristocracia inglesa siguió el entierro de mistress Philipps.

El mismo rey envió sus coches.

Detras de los grandes, detras de los nobles, detras de los ricos, detras del pueblo, detras de los pobres que lloraban.

Iba un perro ciego.

VI.

Entre los papeles de mistress Philipps se halló esta única disposición testamentaria:

«Todos mis bienes, a escepcion de la casa en que he fallecido, que lego a Sarah, mi ama de allaves, pertenecerán al que, por la voluntad de Dios, encuentre a mi hija Lucy.

«Los que me aprecian me perdonarán el no

conduce hasta encontrar para su bienestar aquel sistema de organización mas a propósito a sus naturalezas, sus condiciones y sus caracteres. En Chile no tenemos un pasado cuyas tradiciones, perpetuándose indefinidamente de familia en familia, de generación en generación, le hagan vivir en el presente, y conservar siempre esa lucha encarnizada contra todas las innovaciones. En esta transición continua que ha hecho nuestra vida política independiente, no hemos dilatado en cada período el tiempo necesario para la creación de costumbres, adopción de ideas, y veneración de preocupaciones que nos estorben desechar la forma inadecuada por la experiencia, para aceptar la que imaginamos nos ha de traer en pos de sí el bienestar y el progreso.

Así, podemos decir que los pueblos americanos presentan bien pocos inconvenientes para la adopción de las reformas que la edad y el tiempo hacen necesarias. En la infancia de nuestra vida independiente, y salidos apenas de una lucha grandiosa en favor de la libertad, nuestra educación republicana, nos hace buscar en la democracia esa perfección ideal de nuestra organización a que aspiramos.

Hemos dicho que la política de Chile, presenta sus anomalías, y entre las mas notables observamos, que mas adelante en nuestra marcha política que nuestros vecinos, no tenemos que pugnar para elevar la democracia al poder; antes bien combatir las ideas opuestas que le sirven de obstáculo a su mas completo desarrollo.

En Chile, la democracia ha triunfado sobre los intereses mezquinos de los partidos y elevándose al gobierno en las personas que le representan; solo falta dar el último paso para conseguir su mas sólido establecimiento.

Si la democracia es el dominio de libertad y de la igualdad de los derechos, necesariamente ha de basarse sobre el orden y la tranquilidad; y no será seguramente un motín militar el medio mas a propósito para conducirnos a ese reinado de paz y felicidad. Un motín militar en que las opiniones son el resultado de la violencia, y en que los de-

rechos están a la merced del mas fuerte, no será seguramente el camino que nos lleve a la libertad ni a la igualdad de la verdadera democracia.

La libertad y la igualdad se asilan en el gobierno representante del orden; y un gobierno representante y protector del orden, de la libertad y de la igualdad no puede ser sino un gobierno democrático.

Si la democracia deja el campo libre y espedito al mérito y a todas las ambiciones legítimas, sin mas límites que la capacidad, el talento de los hombres que ambicionan, no será seguramente donde encontremos la democracia en una administración impregnada de favoritismo, y sacrificando los intereses nacionales a los intereses de familia, como en la administración de setiembre; no será tampoco en una oposición que buscaba sus candidatos entre los miembros de una familia poderosa y relacionada, sin otro mérito que sus numerosos deudos; o entre aquellos que la casualidad haga aparecer con algunas probabilidades de triunfo por poder disponer de un trozo de ejército, o por haber salido victorioso de una batalla; como sucede en las oposiciones de Errázuriz o de Cruz; forzosamente, si buscamos la democracia, la encontraremos en el gobierno compuesto de hombres de capacidad debidos a sus talentos, salidos del pueblo, sin mas antecedentes que una honrosa carrera, y sin mas relaciones de familia que los amantes del orden y del progreso del país.

Si la estabilidad de la democracia depende de la verdad de los principios y de las convicciones de los que las proclaman, no la encontraremos seguramente entre los que durante un año entero, en las cámaras, en la prensa y en los clubs, han jugado al tira y afloja con reforma de las instituciones, segun se veian cerca o lejos del poder; la encontraremos mejor en el gobierno a todas cuyas acciones preside una lógica inflexible, hija de las mas profundas convicciones.

Si la piedra filosofal de la democracia consiste en la mayor estension del sufragio, no la encontraremos entre los que por la mañana nos imponían la condicion de tener tres mil pesos para

ser sufragantes, y a la tarde nos hablaban con entusiasmo del sufragio universal y de la reforma.

Si el secreto de la democracia consiste en la educación popular, si la democracia en su perfección ideal no es mas que la armonía entre el pensamiento del pueblo y el pensamiento ilustrado, si la democracia no es mas que la unidad de intereses de un pueblo, y esa unidad no puede alcanzarse sin la ilustración; donde está la democracia, en los que lejos de educar al pueblo le conducen a las asonadas, al matadero, para que pague allí con su vida su ignorancia? Qué! Los cadáveres de sus insurjentes de abril significan otra cosa que la desolación, y la ignorancia espiondo cruelmente su propia ceguera? Los soldados del Valdivia sabian porque se revelaban, a donde iban, porque se hacian matar?

Bien pues, no fastidiemos desmascarando uno por uno los disfraces de los partidos. La democracia está allí donde la inteligencia, la ilustración y el buen sentido. La democracia está allí donde prosperan el comercio, la industria, las artes. La democracia está allí donde el orden que es la consolidación de la libertad. La democracia está allí donde se educa el pueblo, bien sea poniendo libros ante sus ojos, o instrumentos de trabajo en su brazos, desarrollando su importancia moral y material.

Presentar a la democracia en las asonadas, en las conspiraciones, es calumniarla. La democracia solo puede ser calumniada por la ignorancia o la mala fe, y un gobierno sin ilustración y sin convencimientos solo puede conducir al pueblo a su ruina, así como la inteligencia y las convicciones le elevan a la mayor altura de su prosperidad y de su gloria.

La democracia, pues, está en el gobierno, y ayudar a su acción prestándole apoyo o diluyendo las buenas ideas en la ignorancia popular es como se trabaja sincera y útilmente en favor del porvenir.

«haber hecho este sacrificio durante mi vida; entonces vivía mi marido, y no me era dado disponer mas que de la mitad de mis bienes.»

VII.

Ocho años hacia que Sarah no podia moverse de su cama: indiferente como el sepulcro, Sarah dejaba a los muebles enmohecerse. Sus provisiones se contenian en un cesto que subia y bajaba a la calle atado en la punta de una cuerda; el día en que no bajase el cesto, seria señal de que Sarah habia muerto, y la casa pertenecería a los hospicios de Londres. Solo un ser la visita de tres en tres días, Rog; no el Rog de otros tiempos, vivaracho aunque feo, jeneroso aunque puerco, sino Rog hediondo a fuerza de años y de mala conducta, pagando los errores de su juventud con una oreja perdida entre los dientes de los perros de los carniceros. Arañaba el cuadrúpedo la puerta, y aunque refunfuñando, Sarah tenia la debilidad de abrirle;—y una anciana sorda y un perro viejo y ciego y un papagayo de crepito y mudo tenían cierto placer en hallarse reunidos.

Una desavenencia asaz grave habia comprometido no obstante en cierta ocasion aquella perfecta armonía. Por respeto a la memoria de sus amos, quiso Sarah un día quitar a Rog el collar de cobre cuyas armas arrastraba ignominiosamente en el fango de los arroyos; Rog se insubordinó, insiste Sarah, el perro la muerde,

huye con el collar.

La vieja lloró, no del dolor, sino de la ingratitude:—su único amigo!...

Transportémonos ahora a uno de aquellos magníficos parques que tanto embellecen a Londres, y reposemos nuestras miradas en aquellos bosquecillos cubiertos en la primavera de flores y de verduras. Alzadas en los brazos de sus nodrizas multitud de criaturas, junquillos vivos, se mecen sobre la cabeza de los transeúntes; y es una delicia en verdad ver en tanta altura a aquella jeneracion nueva que debe hollar algun día a la que la sostiene;—ver a la vida subir en semilla.

Qué accidente acaba de turbar de pronto la eterna paz de aquellos sitios? Se ha caído una criatura en alguno de los estanques, echando miguitas de pan a los cisnes? La multitud se acumula en un punto, este punto se ensancha, ondea, se abre, y sale de su centro un perro tirando ya por la falda, ya por las mangas, pero sin soltarla nunca, a una jóven de quince años. Mil palos llueven sobre el perro, pero el cada vez mas firme sacude con los dientes, y se lleva su presa:—se la quitan, la vuelve a cojer, y sigue corriendo.—no le aterrorizan los gritos de su víctima cuyo vestido está hecho trizas. Se cansan de zurrarle, pero el no se cansa de que le zurren, a pesar de su cabeza anegada en sangre, de sus ojos ciegos que lloran, de sus últimos pelos que se desparraman por el viento.

Un grito sale de los labios de la mujer a quien obliga a ir casi arrastrando;—acaba de leer en el

collar del perro, Rog! y al punto el leal cuadrúpedo suelta los vestidos que poco antes acribillaba a dentelladas, y reconocido y llamado, traza en torno de aquella voz un rápido círculo de brincos de ladridos, de caricias, y luego sigue delante, y torna a su estrepitoso algarazara, y todos le siguen mientras el vuelve a cada paso su cabeza ciega.

Y la muchedumbre no sabe ya que pensar de aquella autoridad del perro sobre la persona que la sigue como un niño obediente sigue a su padre.

A medida que va andando en la dirección que la indica su extraño guía, van despertándose en la memoria de la jóven recuerdos completamente borrados:—aquí una pared blanca, allí una muestra de una tienda, luego su calle; luego su puerta.

—Ah! ah! por aquí anda Rog, dijo la pobre Sarah, pero es extraño! ladra del mismo modo que aquella noche fatal...

Y tiró del cordón con que abría la puerta desde su cama.

—Señora, señora, no habeis muerto? Venid a buscarme para ir al cielo?

Sarah tomaba a Lucy por su madre, tan alta y tan hermosa estaba Lucy!

Rog se precipitó sobre la mitad de un pollo asado y lo devoró.

Sarah fue corriendo a traerla la otra mitad.

(Concluirá)